



EL AÑO ARTÍSTICO-LITERARIO EN VALENCIA

1889



UN cuando algo retrasado en su publicación, creemos que el inventario del pasado año 1889, en sus manifestaciones en el terreno del arte, siempre es interesante para quienes, *rara avis*, todavía se preocupan de las obras de la inteligencia, de las expansiones del espíritu, haciendo caso omiso de la política, que improvisa reputaciones, crea nombres y eleva al pináculo del poder, á las poltronas ministeriales. Á esos seres raros, llamémosles así, que gozan con los sentimientos de la poesía, de la música ó de la pintura, á esas personas en quienes el gusto y el placer estéticos les sirven de festín del alma, á esos nos dirigimos, para esos tomamos hoy la pluma, no del crítico, que es asaz menguada nuestra personalidad para dar lecciones á nadie, cuando estamos en sazón de recibirlas para nuestra ventaja en los placenteros goces del intelecto, pues que con fe las tomamos y con agradecimiento las saborearíamos. Más modesta nuestra misión, reducirá á inventariar de la manera más agradable para el lector las piezas del proceso literario desenvuelto en esta patria de Ausias March, de Roig y otros genios de la lemosina lengua en el fecundo campo de la poesía, á la que abonado teatro pres-

fuerzas á la princesa, y alcanzándole al fin, cogióle por los cabellos y le rogó que la contemplara, segura con esto de conmoverle. Nios inclinó la cabeza deteniendo en la hermosa faz de aquella mujer sus mirades frías, como si no le impresionara más que un tronco del bosque. Nadie quedó nunca tan sorprendido como lo fué la princesa en aquella ocasión; llorando siguió al conde hasta el castillo y entró siguiéndole, pero él desapareció luego y ella no le pudo ver jamás. La pobre Mira, desconsolada, murió de pena, víctima de tamaño desprecio, y desde entonces óyense resonar en el castillo de Nios ecos lastimeros. Durante muchos años, reviviendo la tradición, iban las mozas de las cercanías á ofrecer regalos de frutas, leche y huevos á la muerta enamorada, dejándolos en una poterna. Esto lo hacían para consolarla con su recuerdo; pero ya está muy extinguida esta costumbre supersticiosa. Aunque, naturalmente, nada creo de tan difícil historia, me complazco en recordarla como un cuento entretenido, y tan agradable para mi hija que resolvió dedicar también á la difunta princesa unas perdices que habían cazado nuestros acompañantes. Yo no quise privarla de tal capricho que le daba gusto, pero hubiérale tenido mucho mayor comiendo aquellas aves para cenar, bien guisadas.

Atravesamos el río *Urola*, sobre un puente de piedra, y después de haber vadeado un arroyo, llegamos á Miranda, que como pueblo sería considerable, pero como ciudad es muy pequeña. Tiene una plaza grande, adornada con fuentes, y atravesándola el Ebro, le ofrece sus aguas; sobre una cima elevada, el castillo descuella coronado por muchas torres.

Los tres caballeros de que antes hablé, adelantándose á nosotros, habían dado las órdenes convenientes para que tuviéramos cena preparada; juntos la tomamos, y como al acabar era temprano todavía, preguntáronme todos qué deseaba yo hacer para distraerme hasta la hora de dormir. Propuse una partida de tresillo entre los cuatro, interesando yo por mitad en el juego de D. Fernando de Toledo; éste y los otros dos aceptaron, pero D. Federico de Cardona dijo que jugaran sólo sus amigos y el mío, pues él prefería darme